

1857. X

**LA MUJER
Y LA SOCIEDAD**

por la señorita

DOÑA ROSA MARINA,

PRECEDIDO

DE UN PROLOGO POR

DOÑA MARGARITA PEREZ DE CELIS.

Precio DOS reales.

GRATIS PARA LOS SUSCRITORES DE

EL PENSIL DE IBERIA.

CADIZ 1857:

oooo oooo

Imprenta de LA PAZ, á cargo de D. Manuel M.
de Luque, calle del Oleo núm. 37.

B.B.7

Cafe 18a

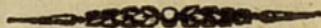
**LA MUJER
Y LA SOCIEDAD,**

POR LA SEÑORITA

DONA ROSA MARINA,

precedido de un prólogo por

DOÑA MARGARITA PEREZ DE CELIS.



CADIZ 1857.

Imprenta de LA PAZ, á cargo de D. Manuel M. de Luque,
calle del Oleo número 37.

LA VIDA

Y LA SOCIEDAD

Se vende en Madrid en la librería
de Cuesta, al precio de DOS reales.

DONA MARGALITA TELIX DE CLAY

DONA MARGALITA TELIX DE CLAY

1847

Impreso en la imprenta de D. Manuel de Cuesta
Calle de la Cruz, número 11.

PROLOGO.

DESEANDO contribuir en cuanto nos fuera posible á la instruccion de nuestro sexo, emprendimos hace algunos meses la publicacion del PENSIL GADITANO, invitando al efecto algunas distinguidas escritoras y á otras señoritas de notable talento, aunque poco conocidas del público, á que nos prestáran su apoyo en tan árdua empresa; algunas correspondieron á nuestra llamada con una amabilidad á que viviremos eternamente reconocidas, y otras, á quienes no teniamos el honor de conocer, nos han favorecido con composiciones interesantísimas. Entre las últimas debemos mencionar en primer lugar á la señorita Rosa Marina, que ha tenido la bondad de remitirnos una série de artículos sobre los deberes y los derechos de la mujer en la sociedad; artículos de tan extraordinario mérito, que hemos creído no les bastaba la publicidad en las columnas de nuestro periódico, y nos hemos decidi-

IV

do á publicarlos aparte, formando con ellos el presente librito.

No es nuestro ánimo hacer de él un análisis detenido, para lo cual no nos conceptuamos con suficientes conocimientos, ni mucho menos discutir la oportunidad ó inoportunidad de la práctica inmediata de las teorías que en él se desenvuelven; nuestro objeto al redactar estas líneas, que deben servirle de prólogo, es solo aventurar algunas reflexiones sobre la alta y cristiana moralidad, que segun nuestro humilde criterio, se desprende de las ideas vertidas en él con esquisito tacto, por la señorita Marina.

Ante todo es nuestro deber manifestar, que nos congratulamos de que nuestras ideas hayan encontrado acogida, aun que no sea mas que en un solo corazon, capaz de comprender el nuestro, en un alma de fuego inspirada por el motor sublime de todo lo creado; bastante para responder á nuestra alma, teniendo por intérprete fiel de sus sentimientos una inteligencia que aventaja estraordinariamente á la nuestra en actividad y en osadia. En Rosa Marina encontramos todas estas envidiables dotes, de lo cual ofrecemos al público una nota-

ble prueba en el escrito que sigue á estas líneas; dotes de que por desgracia carece la mayoría de nuestro desventurado sexo; consecuencia lamentable y forzosa de la descuidada educacion que generalmente recibe.

En efecto, ¿qué grandeza de alma, qué abnegacion, qué virtudes, qué generosidad no son necesarias en esta fanática y corrompida sociedad, para que una mujer se atreva á levantar su débil voz en pró de su desgraciado sexo, sobreponiéndose á todas las preocupaciones, hasta rasgar el ignominioso y tupido velo de la ignorancia, y sacudir el sucio polvo de la supersticion que ofuscára la vista mas perspicaz? ¿Y esto, solo con el magnánimo propósito de contribuir por su parte á el adelanto de la civilizacion cristiana; divina antorcha encendida en los grandes corazones por la purísima llama de la fé, de la esperanza y de la caridad, cuyos fulgores y esplendurosos rayos se dilatan de dia en dia por todos los confines del orbe? Tal es en nuestra opinion, la sabia y única tendencia, el objeto esclusivo que ha guiado la bien cortada pluma de Rosa Marina, al escribir los artículos de que nos venimos ocupan-

do: tendencia altamente humanitaria, conciliadora y esencialmente cristiana.

Cristo, Nuestro Divino Redentor, libró á la mujer de la horrible cadena de la esclavitud física y de su envilecimiento moral, declarando el alma de la mujer, IGUAL al alma del hombre, haciéndola como á éste responsable de su conducta, y preparándole por lo tanto IGUALES castigos é IGUALES recompensas; de lo cual se desprende que su libertad, sus derechos y sus deberes deben ser iguales tambien, en cuanto sea compatible con la diferencia de su organizacion física y con la austeridad de la moral cristiana.

Fácilmente se concibe por lo tanto, que solo por medio de esta igualdad recíproca puede establecerse el equilibrio entre ambos sexos y estrecharse los lazos de amistad y amor que producen las mas embriagadoras delicias del alma: de lo que resultára, con la paz de las familias, la armonía del hogar doméstico y la perfeccion de la sociedad, destruida por el escandaloso desnivel, que apesar de la saludable influencia del cristianismo en el mundo, tiene á la mujer apartada de su destino, de su sublime mision terrestre, desnivel pro-

ducido por las tradiciones y costumbres bárbaras del paganismo, que han sobrevivido hasta nuestros días.

Mal se concibe, en efecto, que un des-nivel tan desproporcionado, como el que hoy existe, pueda contribuir á estrechar los lazos de amistad y amor, que la naturaleza por una parte, y la equidad de las leyes por otra, crean entre ambos sexos. La injusticia y el amor se excluyen.

El sexo fuerte, lejos de temer, debe regocijarse de los deseos de instruirse que manifiesta la mujer para alcanzar por sus virtudes y por su ciencia una posición social independiente, que permitiéndola elevarse á la altura de la civilización del siglo, la haga digna del amor del hombre y del aprecio de la sociedad.

Abandonando el título de señor, por el de hermano y compañero, gana el hombre en el amor de la mujer, mas de lo que pierde en autoridad. Lejos de contemplarse humillado con la emancipación legal de la mujer, deberá vanagloriarse al considerar los nuevos é inapreciables títulos con que podrá presentarse ante ella, y cuánta mas admiración, respeto y amor no será ella capaz de sentir, cuanto mas

VIII

libre y respetada sea.

Cuanto mas instruida, inteligente y libre sea la mujer, comprenderá y cumplirá mejor sus deberes; se hallará mas en disposicion de apreciar las grandes cualidades del hombre, y de sentir por él una admiracion y un amor, cuyo precioso gérmen alimenta su alma, aunque contrariado por la sociedad en que vive, y las falsísimas condiciones á que la sujeta. Amor libre, desinteresado, indispensable para establecer el equilibrio sexual tan necesario al cumplimiento de la civilizacion; único y poderoso medio de estrechar los lazos sociales que unan entre sí á los hoy desilucionados, diseminados ó contrapuestos miembros de la gran familia humana. Lazos que desea anudar el hombre por que presiente que en ellos está la felicidad, solo que ha equivocado el camino que á ella conduce.

Es un hecho incuestionable que la base fundamental en que debe apoyarse toda sociedad bien organizada, es el equilibrio de los intereses, deberes y derechos de los individuos que la componen; sin él no hay unidad, ni es posible la libertad en las relaciones. Sin él desaparecerian instan-

IX

táneamente todas las grandes instituciones sociales, hijas del espíritu de asociación; espíritu que se desarrolla tanto mas, cuanto mas perfecto es el equilibrio social. Sin él, el sentimiento de fraternidad, la pasión de la gloria, las mas nobles cualidades de los humanos, serian reemplazadas por el egoismo, que á su vez, enjendra la envidia, el ódio y el horror de sus semejantes. Entonces cada uno no veria en los otros mas que enemigos opuestos al libre uso de su albedrío, y la tea de la discordia inflamaria la sociedad lanzando unos contra otros, hermanos, cónyugues, hijos, padres, en una horrible lucha contra la naturaleza y contra Dios.

Desgraciadamente lo que acabamos de decir está justificado por la historia.

Empero no os alarmeis vosotros los aristócratas y poderosos del mundo confundiendo la palabra equilibrio con la de igualdad absoluta; por la sencilla razón de ser incompatible con la naturaleza; semejante igualdad no puede hallarse ni aun entre los individuos de una misma familia, ¿cómo pues encontrarla entre las innumerables huestes que componen el

catálogo de las naciones?

La idea de la igualdad absoluta aunque no sea realizable, tiene sin embargo, su razón de ser: es una protesta legítima, aunque empírica, contra las desigualdades arbitrarias establecidas por la fuerza en contra de la naturaleza, de la justicia y de la religión.

Afortunadamente la idea de la igualdad absoluta, cuya práctica daría por resultado curar un mal reemplazándolo con otro peor, está juzgada por la filosofía, y hace tiempo ha dejado de ser temible para la marcha del progreso civilizador de nuestro siglo y para el orden público. Por el contrario, el equilibrio social que proclamamos, producirá el acuerdo, la armonía que deben sacar á la humanidad de la crisis que viene atravesando.

La igualdad absoluta, destruyendo las bases del mecanismo orgánico social, produciría un cataclismo, nos conduciría al caos; por el contrario, el equilibrio necesario al sosten de la sociedad, no puede existir sin la inmensa variedad de tendencias, necesidades, deseos, aspiraciones y caracteres que produce la naturaleza.

Tanto mas grande y mas armónica es

la unidad, cuanto mas variados son los elementos que la componen.

Nada hay que revele mas claramente al atónito observador, la sublime magestad de la maravillosa máquina de la creacion, que la inmensurable escala de los seres desde lo infinitamente pequeño á lo infinitamente grande, siendo todos á un mismo tiempo distintos entre sí y partes esenciales de la armonía social. Nada mas justo, mas grande que este desnivel que nos muestra el órden magestuoso, el equilibrio perfecto de la creacion.

No se crea por esto que defendemos otro desnivel que el que marca la naturaleza; estralimitar sus augustas leyes, combatirlas, es revelarse contra Dios.

Dios deshizo las cadenas de la esclavitud forjadas por Satanás; Dios hizo libres al hombre y á la mujer, dando el libre albedrío, lo mismo al grande que al pequeño, lo mismo al débil que al fuerte; derramando sobre todos con liberal munificencia los mas dulcísimos y variados frutos. Sublime arquitecto, á cada una de sus criaturas ha designado su puesto en la obra: tiernísimo padre, dando á cada uno de sus hijos una sublime mision

XII

que cumplir, le ha ofrecido un paraíso por recompensa de su tarea. ¡Ay de la sociedad que aparte á sus hijos del cumplimiento de su destino! ¡Ay de aquel que se interpone entre el artífice y la tarea que le ha asignado la naturaleza! ¡Ay de aquellos que no ven mas que *cosas* sujetas á su capricho en las criaturas libres y responsables, colocadas en la tierra por el Supremo Hacedor para cumplir su destino, para desempeñar una función necesaria á la mano que la ejecuta, como á la sociedad que debe aprovecharse de ella!

Respétense unos á otros todos los miembros de la sociedad, respétese la libertad del pensamiento, emanación de Dios; la libertad del corazón, madre de los tiernos lazos que nos unen á nuestros semejantes, el indisputable derecho de vivir, y pensemos seriamente que la naturaleza y la religión mancomunadas, nos imponen el deber de prestarnos ayuda, de socorrernos en todas ocasiones, de respetarnos; porque todos somos hermanos á pesar de la diferencia de talentos, de carácter, fuerzas, aptitudes ó sexo.

Puesto que la mujer está animada co-

XIII

mo el hombre, de un alma sensible, inteligente, espíritual, trabaje con infatigable celo en cultivarla, y no tardará en cojer el premio de sus afanes.

Lo que decimos á la mujer, individualmente considerada, lo repetimos á los hombres que por su posicion y por su ciencia dirijen los destinos de la sociedad.

Abran el libro elocuente y siempre nuevo de la historia, y verán confirmado lo que con tanta oportunidad dice la se-
ñorita Marina.

“La independenciam, la ilustracion del sexo fuerte, el desarrollo de la civilizacion, son proporcionales á la independenciam, á la instruccion, á los derechos concedidos de la mujer.”

“Donde la mujer es esclava, el hombre no puede ser libre.”

Por lo tanto, en el interés de los hombres está el instruir y conceder á la mujer los derechos y garantías, cuyos beneficios han de refluir sobre ellos y sobre sus hijos, en bienestar y en felicidad.

Nosotras no vacilamos en aceptar desde luego una discusion séria sobre tan importantísimo asunto, con lo que creemos servir á la santa causa de la humanidad.

XIV

La discusion razonada, sensata, ha sido, es y será en todos los paises civilizados, el crisol que purifica las grandes cuestiones; el prisma que descomponiendo la luz, la esparce, la lleva á iluminar las mas profundas oscuridades. La discusion es el raudal caudaloso de que brota la verdad: ella conduce á la solucion de los problemas científicos, á la ilustracion de las inteligencias, á la depuracion de las artes y del buen gusto. Arma poderosísima de nuestro siglo, fecundo auxiliar del saber, á ella confiamos nuestras ideas, y de ella esperamos su triunfo, su encarnacion en todas las conciencias: infalible y pacífica victoria, de la que no dudamos ni un solo momento, si, como creemos, nuestras ideas son justas, benéficas, cristianas y útiles.

Porque estamos persuadidas que reúne todas estas circunstancias, publicamos hoy la obrita de Rosa Marina, corta en palabras, pero grande en ideas. Sus tendencias son altamente humanitarias y morales; y considerando que aunque lenta y trabajosamente, la mujer, gracias á la benéfica influencia de la religion cristiana, ha logrado alcanzar mayor instruc-

cion, mas libertad, mas derechos é independencia que las que tenia en las sociedades barbaras y paganas, en los siglos medios, no podemos menos de esperar que llegará un venturoso dia, en que la sociedad suficientemente ilustrada, y comprendiendo sus verdaderos intereses, concederá á la mujer la instruccion y las ventajas, que hoy tan torpemente le niegan.

La sociedad puede escojer uno de estos dos caminos: ó aceptar la civilizacion con todas sus consecuencias ó rechazarla, prefiriendo la barbarie. En el primero, se encuentra la realizacion de las ideas vertidas en este escrito.

Educacion de la mujer: facilidad para consagrarse á toda clase de profesiones, y derecho para participar de las ventajas civiles y políticas de que el hombre goza.

En el segundo, se encuentra la disolucion social: la condenacion y el abandono de los progresos verificados hasta hoy, el embrutecimiento, la servidumbre, la negacion del cristianismo.

Nosotras sabemos bien que esto es imposible; el progreso realizado hasta ahora, es una garantía del que debe rea-

XVI

lizar el porvenir. Lean los que lo duden el escrito que sigue á estas líneas, y quedarán convencidos de que ideas que saben inspirar tales defensas, están providencialmente llamadas á conquistar las inteligencias, y á enseñorearse mas tarde de las costumbres y de las leyes.

Margarita Perez de Celis.

LA MUJER Y LA SOCIEDAD.

Breves consideraciones sobre la participacion de la mujer en la sociedad.

I.

El título basta á revelar toda la gravedad de la cuestion, objeto de este escrito; cuestion trascendental, que se roza con todos los problemas planteados por el espíritu moderno, en el seno de la civilizacion.

Sin duda es una empresa muy superior á mis fuerzas, pero persuadida como estoy de tener á la razon de mi parte, confio en que ella suplirá mi falta de erudicion y de elocuencia.

Séame lícito ante todo protestar, de que por nada entra en mi ánimo para decidirme por la causa de la libertad y de los derechos femeninos.

que voy à defender, el hacer parte del sexo menospreciado, el trabajar en causa propia. De mi imparcialidad apelo al juicio de los hombres sensatos.

Tambien creo deber declarar, que no me daré por ofendida del ridículo, ni de las sátiras burlescas que se lancen contra mis ideas. Compadezco á los hombres que se burlan de las sanas intenciones, y que no ven mas que el lado ridículo de las cosas nobles y grandes; el silencio es la mejor respuesta que se les debe dar.

Los que de buena fé y decorosamente impugnen mis argumentos, pueden estar seguros de que se les responderá de la misma manera.

II.

Las condiciones sociales, civiles y políticas de la mujer en la sociedad contemporánea, ó de otro modo, las costumbres y las leyes, son contrarias al buen sentido, á la justicia y á la razon, y causa de infinitos males de que los hombres, y la sociedad en general, son responsables y víctimas á un mismo tiempo.

La libertad de la mujer, la sancion legal de su derecho á la instruccion y á entrar en todas las carreras, à ocupar todos los puestos á que la hagan acreedora sus cualidades, sus virtudes, su ciencia, deben ser y serán el complemento de la civilizacion, y la garantia mas eficaz del orden

social, de la paz, de la armonía, de la equidad, de la dulzura de las leyes y de las costumbres y de la pureza del sentimiento religioso, tan extraviado de su verdadero camino en los tiempos que corren.

Hoy es un axioma filosófico la idea de que los adelantos de la civilización y de la cultura, están en relación de la libertad, la instrucción y los derechos concedidos á las mujeres.

El embrutecimiento y la abyección del sexo femenino producen á su vez, la abyección y el embrutecimiento del masculino. Cuando la mujer es esclava, el hombre no puede ser libre. Esto no necesita demostración; los hechos lo han confirmado siempre.

La igualdad del hombre y de la mujer ante Dios, es uno de los dogmas más gloriosos del cristianismo y al cual deben, la mujer todas las consideraciones de que goza y la sociedad sus progresos.

Sin embargo, la gran mayoría de los filósofos, de los estadistas y políticos innovadores que han pretendido y que pretenden influir con sus ideas y sus actos en la acción progresiva de la sociedad, han dirigido casi exclusivamente sus esfuerzos á ilustrar la inteligencia del hombre, á emanciparlo de la opresión, ensanchando la esfera de su acción individual cuanto les ha sido posible; rara vez la mujer ha sido objeto de sus trabajos, ni de sus miras filosóficas ó políticas; de aquí que la mitad del género humano, haya casi sin excepción, permanecido ajena al gran movimiento intelectual, filosófico y político de la ci-

vilizacion moderna, y que ni en sus ideas, ni en su suerte haya ejercido notable influencia la accion reformista de nuestro siglo.

Estos pretendidos sabios, estos revolucionarios que merecerian mucho mejor el título de retrógrados rutinarios, en lugar de reclamar lo que de justicia pertenece à la mujer, han declamado de un modo tan lastimoso como ridiculo contra sus legítimas aspiraciones, consagrando todos sus esfuerzos á persuadirlos de que su condicion en la sociedad es inmejorable.

Y si esto decimos de los que se llaman hombres des preocupados, espíritus fuertes, inteligencias llenas de aspiraciones elevadas ¿qué diremos de los hombres que, vuelta la cara al pasado, tienen horror á toda innovacion, y consideran todavia como un peligro para ellas mismas y para la sociedad, la mas rudimentaria instruccion concedida á las mujeres?

III.

La consecuencia de tamaños errores é injusticias respecto á la mujer, son verdaderamente deplorables, y es muy difícil revelar toda su gravedad. Las instituciones políticas y civiles, así como las costumbres, se resienten de este desnivel de desarrollo intelectual y de derechos, que distingue á las dos mitades de la especie humana.

Con esta preocupacion, con este error de los filósofos y legisladores de menospreciar la conquista de la inteligencia femenina y de no dejar

à la mujer tomar la posicion social que pudiera legalmente adquirirse, ha coincidido el trabajo asiduo, tenebroso y tan diestro como incesante de los fanáticos en atraerla á su causa de retroceso y de ignorancia; desarrollando en su alma, en el sentido subersivo, anticristiano y antiliberal que á ellos les conviene, las pasiones ardientes, las aspiraciones elevadas, sublimes y entusiastas, cuyo precioso gérmen depositó en su seno la mano del Creador.

Los filósofos y legisladores, encierran á las mujeres en el hogar, las relegan al costurero y á la cocina; los esplotadores del fanatismo las arrancan de la monotonía material y estrecha de la vida doméstica, abriéndoles con las puertas del templo, la vida pública por una parte, y por otra un porvenir de éstasis, de emociones, de goces espirituales encarnados en las falsas creencias, monstruosos errores y estrañas consejas que constituyen el inmenso arsenal de la supersticion, con que las fanatiza y esplota, hasta hacer de ellas su mas firme apoyo, su mas sólida base.

La consideracion á las preocupaciones de sus madres y esposas, el miedo á los disgustos domésticos, que les produciria el ponerse en lucha con sus supersticiones, ha detenido y aun detiene en su carrera política á muchos honrados patriotas, à repúblicos eminentes à quienes no aterran los cañones, las persecuciones, ni la ruina; pero que retroceden ante la idea de causar la desgracia de las mujeres que aman, oponiéndose à ideas que han llegado à formar en ellas una segunda

naturaleza; cediendo á su perniciosa influencia que los aparta, mal su grado, de la senda que les marca su patriotismo.

Por eso, á trueque de incurrir en repeticiones diré, que el desden con que filósofos, estadistas y legisladores han mirado en nuestro siglo la educacion y los derechos de la mujer, es una de las causas que mas han influido, que mas directamente influyen todavia, en la prolongacion de la lucha que vienen sosteniendo las ideas de libertad, de regeneracion y de progreso social, contra las instituciones bárbaras, contra las preocupaciones y absurdas costumbres que nos legara el pasado.

Abandonando la mujer á sí misma, por una parte, y comprimiendo por otra su inteligencia y las manifestaciones de su legítima ambicion, la han entregado en manos de los fanáticos, que la esplotan admirablemente con grandísimo daño de la religion, de su víctima y de la sociedad.

IV,

Ya me parece oír á esos pretendidos sabios, que no han podido nunca ver esta cuestion mas que por su lado ridículo, que sin duda tiene como todas las cosas humanas, decir que quiero hacer de las mujeres generales y soldados, senadores, carceleros y jueces.—Responderé:

No quiero hacer nada de las mujeres; lo que

quiero es que sean aquello de que realmente fueren capaces. Quiero que dada la aptitud, la instrucción, las cualidades necesarias, tengan entrada franca en todas las carreras, oficios y posiciones sociales, y que puedan escojer tan libremente como los hombres, sujetándose à las mismas condiciones que ellos.

Bien sé que dirán que tienen liarto que hacer con ser esposas y madres, con amamantar y educar á sus hijos, con manejar sus casas.

Enhorabuena; aquellas que tengan bastante que hacer con esto y no quieran ó no puedan ocuparse en otra cosa, que no lo hagan; pero no es justo que esto se las imponga: me parece que tienen el derecho de ser ellas mismas jueces, árbitros en el empleo de sus facultades, en los trabajos á que crean deber consagrarse, en la industria, ciencia, arte ú oficio, de que hayan de subsistir.

Siendo libres, teniendo abiertas tolas las puertas, ellas escojerán lo que mas les convenga, puesto que tienen una inteligencia, un alma libre; por eso las leyes las hacen responsables y las castigan con igual severidad que á los hombres cuando faltan á sus preceptos. ¿Por qué, pues, ya que sufren los inconvenientes no han de participar de todas las ventajas de la vida social?

Si se equivocan será para ellas el mal. ¿Acaso los hombres, con todas sus pretensiones de superioridad intelectual, no se equivocan nunca?
Herrare humanum est.

Yo probarè que las condiciones á que la sociedad sujeta á la mujer, son absurdas y conducen irremisiblemente al mal; que cuanto se ha dicho para justificar la diferencia de derechos establecida entre hombres y mujeres por las leyes, por la educacion y la costumbre, está desmentido por la esperiencia y por los hechos.

Y por cierto que no puedo esplicarme sino de un modo que es á fé mia poco favorable á la inteligencia y á la moralidad del sexo fuerte, su empeño en humillar á la mujer, en menospreciarla, en burlarse de sus aspiraciones elevadas, de sus deseos de rivalizar con el hombre en talento, en genio, en virtudes, en heroismo, en posicion y autoridad.

Este desprecio, este punto de vista mezquino, ha producido monstruosidades, que si se miran un solo momento con imparcialidad, no pueden menos de rebajar al hombre de la manera mas lastimosa, en la admiracion y en el cariño de la mujer. Voy á citar un solo ejemplo, que me parece basta para justificar mis asertos.

Hubo un concilio de obispos, que dudó si las mujeres tenian alma, y puesto el tema á discusion, concediò que la tenian por una mayoría de tres votos, de modo que dependió del parecer de dos hombres el que la iglesia trasformara en una bestia á la Inmaculada Maria, la Madre del Redentor!

Si una reunión de mujeres discutiera tal tema aplicándolo á los hombres, ¿què no dirían estos? Pero no, las mujeres no hubieran sido nunca tan insensatas.

VI.

La inteligencia puede viciarse, pero difícilmente destruirse. Privando á la mujer de intervencion directa en la gestion social, negándole la educacion, cerrándole las puertas de la legalidad, han arrojado su inteligencia comprimida en el peligroso camino de la influencia indirecta, subersiva; intervencion tan perjudicial como útil hubiera sido la directa, espontánea y libre.

Las preocupaciones, las leyes y costumbres establecidas por los hombres, han separado á las mujeres del estudio y práctica de las ciencias, de las artes é industrias, y de no pocos oficios. La consecuencia de esto ha sido, por un lado, una disminucion de riqueza por lo que han dejado de producir, y otra pérdida no menos considerable por lo que en su forzada ociosidad han malgastado en los vicios que alimenta la ociosidad misma, por la ignorancia, por el aburrimiento, por la escasez de recursos, que solo han podido encontrar por malos medios. La sociedad arrastra á la mujer á la inmoralidad; la mujer en su caída lleva tras sí al hombre, que no derrocha menos tiempo, dinero y salud que ella.

Este triste resultado es justo: en definitiva,

e' hombre recoje abundante cosecha de males que él mismo siembra; pero como Pilatos, se lava las manos, descargando sobre la mujer toda la responsabilidad del mal, de que la infeliz no es causa, sino víctima.

VII,

La mujer, directa é indirectamente, contribuye á la produccion de la riqueza, es poseedora como el hombre de toda clase de propiedades, y por lo tanto paga los impuestos y contribuye al sostenimiento de las cargas sociales.

La mujer, que no puede ser médico, ni abogado, ni ingeniero, ni académico, ni profesor de nobles artes, dá su dinero para el sostenimiento de universidades, colegios, academias, escuelas é institutos, cuyos beneficios solo los hombres disfrutan directamente.

Los hombres, como vemos, se ilustran y se crean honrosas y lucrativas carreras á costa de la mujer.

¿Cuál puede ser la causa de tal injusticia?
 ¿Será la poca capacidad de la mujer, la inferioridad de su inteligencia, la razon que determinaria al hombre á privarla de las ventajas sociales, cuyo monopolio se reserva? No podemos suponer que haya ninguna persona sensata capaz de creer tan ridícula paradoja.

Digan lo que quieran los que miden la inteligencia por la capacidad del cráneo, por el vo-

lúmen de la masa cerebral, de lo que deducen la inferioridad de la inteligencia femenil; los hechos y la historia, como hemos dicho antes, han demostrado, que si la mujer no escede al hombre en inteligencia al menos le iguala, y además le sobrepaja en sensibilidad y en imaginacion, por lo tanto es preciso convenir en que ella es, cuando menos, tan apta y digna como èl de ser libre, para aspirar y llegar á merecer todos los puestos, todos los cargos, todas las posiciones sociales que solo la mala fé y la barbarie la pudieron negar.

VIII.

He dicho que los hechos y la historia justifican mis asertos.

Hé aquí la prueba:

Negais á la mujer el derecho de ocupar un puesto en la sociedad; os creéis con cualidades superiores á las suyas, y la relegais al hogar, creyendo que bastan á satisfacer las necesidades de su naturaleza, las aspiraciones de su alma, los deberes y los goces de la vida privada é íntima de la familia; y sin embargo os veis forzados á rendirle culto en los templos, porque, apesar de vuestras atrevidas suposiciones acerca de su inferioridad, y de negarle la instruccion, ella sabe, mal que os pese, abrirse camino hasta el mismo cielo; y obligaros á proclamarlas santas y doctoras de la iglesia; no solamente por la sublimidad de

sus virtudes domésticas, sino por su superioridad en las ciencias y en las grandes virtudes sociales, de que las creéis indignas é incapaces.

Digánlo si no Santa Teresa, Santa Isabel y tantas otras, maravillas de la tierra y honor del cielo.

Si de lo divino pasamos à lo profano ¡cuántos ejemplos pudiera citar! Los nombres de las mujeres que por su ingenio, su ciencia, sus virtudes, su valor cívico, su heroísmo, han descollado muy por encima del vulgo de los hombres, y aun de los que no son vulgo, bastarian para llenar muchos volúmenes.

Por no hablar mas que de los que por ser contemporáneos todo el mundo conoce, citaré los que se me ocurren en el momento.

¿Què hombre no se honraria con el nombre de Md. Estael? ¿Què escritor aventajó á Jorje Sand, en arte, en profundidad y en filosofia? ¿Què academia no podria darse por satisfecha con tener á Rosa Bonhour por profesora? ¿Qué poeta épico, qué autor dramático, que novelista no admira á la Coronado, á la Avellaneda, y á tantas otras escritoras contemporáneas que honran las letras españolas?

Raro es el número de los periódicos europeos, que consagran sus columnas á la crítica literaria que no anuncie un nuevo libro, debido á la pluma de alguna mujer. La historia, la filosofia, las ciencias naturales, la religion, todos los asuntos mas espinosos y que suponen mayor suma de conocimientos en el escritor, son

tratados por las escritoras contemporáneas con la misma facilidad que las obras de amena literatura. No hace muchos días que he leído el anuncio de un libro de astronomía, publicado por una señora inglesa, cuyo nombre siento mucho no recordar.

La mujer á fuerza de paciencia, de constancia y de genio, ha logrado vencer la estúpida preocupacion, que ridiculizaba á las que se consagraban á la literatura. Las simpatías que ya siente hácia ellas la opinion pública, es un buen augurio, un precursor que debe hacernos confiar en que no está lejano el día en que se garantizarán su libertad y sus derechos, abriéndole paso franco para todas las profesiones y carreras.

IX.

La superioridad de las mujeres en las artes, es incuestionable.

Su gran aptitud para los idiomas, tampoco puede ponerse en duda.

Su disposicion para las carreras literarias y científicas, es tambien un hecho probado.

¿Y qué diremos de la política?

¿Qué de sus grandes virtudes sociales, de su valor cívico?

El valor de Leonidas, queda oscurecido por el de Juana de Arco.

Maria Pacheco, no vale menos que Padilla, su marido.

¿Qué mártir político ha igualado á Mariana Pineda en prudencia, en valor y en heroismo?

Todos los tormentos, todos los insultos, ultrajes y amenazas de sus verdugos, el mismo patíbulo no pueden arrancarle una palabra que comprometa á los patriotas que depositaron en ella su secreto.

Y ya que hablo de mártires, ¿no es el martirologio cristiano la apoteosis del valor, de la firmeza de carácter, de la constancia, de la fé y de la sublimidad del alma de la mujer?

Decís que la mujer es débil, pues bien, abrid la historia de las naciones, y vereis á sabios y á ignorantes, á teólogos y guerreros prosternados ante las grandes reinas, cuyos admirables hechos llenan sus mejores páginas.

No hablaré de la antigüedad; dejemos á Semiramis, con sus laureles y su gloria dominando el Oriente desde los persiles de Babilonia.

Las Catalinas de Rusia, dignas continuadoras de la obra de Pedro el Grande, ¿no han oscurecido á la mayor parte de los Emperadores Moscovitas = Si alguno las ha sobrepujado, no ha sido en prudencia, ni en patriotismo, ni en fuerza de voluntad, ni en energía de carácter; mucho menos en el tacto de escojer generales y ministros. Si alguno las ha sobrepujado ha sido, si acaso, como Iban por lo terrible; superioridad bien poco envidiable por cierto.

¿Qué Emperador de Austria ha sido mas digno de su fama que Maria Teresa?

Ella salvó la Alemania, y con ella la Europa.

Cuando sus soldados y capitanes temblaban ante el formidable enemigo, solo ella no desfallece.

—Se presenta ante la aterrada Dieta, arenga á los magnates en latin, y entusiasmo á los húngaros.

¿Quièn puede ser cobarde, cuando la emperatriz es valiente?

Las Reinas de Inglaterra han sido, casi sin escepcion, superiores en cualidades de mando á todos sus Reyes.

¿Y las Reinas de España?

¿Cuántos barbudos bates, de los que con mas desden miran la causa de la libertad y de los derechos de la mujer, no son hoy famosos por haber consagrado su lira á cantar las glorias de Isabel la Católica?

Citar un Rey, un hombre coronado que sepa sostener la diadema, llevar la pùrpura, empuñar el cetro con mas grandeza, con mas modestia, con mas energíá, con mas elevadas miras que la conquistadora de Granada.

¿Cuán secundario papel no representa junto á ella el Rey, su marido!

Solo en una mujer pudo encontrar Colon inteligencia para comprenderlo, y ayuda, que le negaron los hombres ricos, los sabios y los Reyes.

¿Qué leccion para los hombres, que tanto blasonan de su superioridad intelectual y de la nobleza de su carácter

X.

Apesar de ejemplos tan elocuentes, los fran-

ceses no han querido nunca colocar sobre la frente de la mujer la régia diadema, ni confiar á su mano el cetro de mando, ¿y cuál ha sido el resultado?—Que ella, por la astucia y la seducción ha sido ilegalmente, lo que la legalidad le vedaba, y Francia, que no queria doblar la rodilla ante una reina, se ha arrastrado servilmente á los pies de las mancebas de sus soberanos.

Si pues, cuando, por un azar de la suerte, la mujer ha podido abrirse paso al través de cuantas barreras le opone la sociedad, ha sobresalido dignamente; ¿por qué no romperíamos de una vez esas barreras, y abríamos el ancho camino que su ambicion, su actividad, sus virtudes, su genio reclaman, y de que tanto la sociedad necesita?

Hora es ya de abandonar las falsas ideas, las ridículas preocupaciones, indignas de nuestra civilizacion, y de nuestras pretensiones de progreso y de perfeccionamiento social, abriendo paso á toda alma elevada, á toda inteligencia, ó todo corazon que traiga á la familia humana su contingente de luces, de arte, de industria, de caridad y amor.

Sin duda se espantarán al escucharme esos sabios políticos, que se creen perdidos, y que suponen amenazada la existencia de la sociedad, cada vez que de su seno se eleva una voz demandando justicia, ó un rayo de sol, un puesto en el banquete de la vida.

— ¡Cómo! dirán: ¿no tenemos bastante con las exigencias del séxo fuerte, con sus opuestas tendencias, y sus exageradas pretensiones, que tienden a relajar la disciplina social, sino que tam-

bien quereis condenarnos á luchar con las aspiraciones femeninas?

¡Y por qué no, si son justas!

Toda legítima exigencia, satisfecha, es un elemento de paz, de orden y de prosperidad, negada, combatida, se convierte irremisiblemente en arma de guerra, en instrumento de desorden, en causa de miseria.

Examinemos lo que la mujer reclama, y verán los asustadizos, que no hay motivos para alarmarse de sus pretensiones, ni mucho menos para dejar de satisfacerlas; como por el contrario, deben felicitarse de ellas, tanto por la mujer como por la sociedad misma.

XI.

¿Cuánto bien no redundaría en beneficio de la mujer, como de la sociedad, si las que se dedican á matronas, vulgo comadres, en cuyas manos poneis la vida de vuestras esposas é hijas, abandonando la rutina estudiáran en colegios y hospitales la ciencia médica, cuyo conocimiento y ejercicio se reservan los hombres? ¿No parece mucho mas natural que las mujeres aprendieran el arte de curar sus males? ¿Con cuánto mas gus-

to y mas decencia, pondriais vosotros mismos, hombres graves, que os sonreis al leer estas ideas, vuestras madres, esposas é hijas, al cuidado de una doctora inteligente, que no al de un doctor, á cuyas miradas y á cuyas manes, os veis forzados á entregar, con no poca repugnancia muchas veces, la adorada belleza y los secretos encantos de las que tanto amais!

En los Estados-Unidos, donde parece que tienen mejor sentido que en la vieja Europa, se ha fundado hace algunos años un colegio de medicina, en el que las jóvenes son admitidas á estudiar, y de donde saldrán á ejercer legalmente la útil ciencia que hayan aprendido.

Mediten sériamente sobre esto los que se burlan ó se asustan de nuestras pretensiones y verán cuán razonables, cuán sensatas son. Y á la mujer que sobresalga por su genio, ó sus conocimientos prácticos ó teóricos, ¿con què justicia se la privaria de tomar parte en las oposiciones á las càtedras, ni de un asiento en las academias de artes ó de ciencias, ni de los derechos civiles y políticos, anejos á la carrera ó puesto que por tan honrosos medios hubiera sabido conquistar?

Lo que he dicho de la matrona y del estudio de la medicina, es aplicable á todas las carreras y profesiones científicas y literarias; no hay una sola, en que la mujer no pueda prestar á la sociedad utilísimos servicios.

Si de las que se llaman carreras literarias, pasamos á la mecánica y á los oficios, se encontrarán, si no los mismos impedimentos legales,

la misma falta de escuelas y de cátedras públicas en que puedan aprender, y en cambio, como complemento de tanta torpeza, de tantas injusticias, las mas bárbaras y egoistas costumbres.

Mientras los campos y las grandes obras de utilidad pública se ven con harta frecuencia abandonadas por falta de los brazos robustos del sexo fuerte, las capitales y grandes centros de población rebosan en zánganos, que se afeminan, entreteniéndose en oficios y ocupaciones muchas propias de la delicadeza y del gusto de la mujer, que de las atléticas fuerzas del hombre.

¿No es ridículo ver à un hèrcules barbudo sirviendo una taza de café, ó acurrucado en un taburete manejando la aguja, con manos que reclaman una azada, ó midiendo varas de cinta detrás de un mostrador, mientras las pobres mujeres perecen en la miseria ó sucumben á la inmoralidad?

La mayor parte de las dependencias del comercio:

Los mostradores y servicios de las tiendas, fondas, cafés, botillerías y toda clase de establecimientos públicos:

El servicio interior de las casas:

La cocina:

La fabricacion de toda clase de objetos, para la que no sean necesarios grandes esfuerzos físicos, deberian facilitar á las mujeres ancho campo en que se procurasen honrosamente los medios de subsistencia.

Antes de pasar adelante, no puedo menos de

observar, que en las provincias en que bajo este punto de vista se favorece mas á las mujeres, la moralidad es mayor, y la industria encuentra con mas abundancia los brazos del hombre, libre de las pequeñas ocupaciones, que quedan al cuidado de la mujer.

Pero no sucede así en la mayor parte de los pueblos. Los hombres no solo llevan su egoismo hasta apoderarse de los oficios y medios de adquirir la subsistencia mas fáciles à las aptitudes de la mujer, sino que cuando por casualidad le dan parte en ellos, llevan la injusticia hasta el extremo de pagarle menos salario en igualdad y calidad de tarea desempeñada, ò de servicio ejecutado; á no ser que suceda como en Asturias y parte de la provincia de Leon, donde mientras los hombres se entretienen en hilar, hacer media ó beber en la taberna, mandan à las pobres mujeres á desempeñar las faenas del campo.

XII,

El resultado fatal de tantos errores é injusticias, es el envilecimiento moral de la mujer, la prostitucion mas ó menos legal, mas ó menos encubierta, el imperio del vicio y la degradacion de las razas.

¡A qué desórdenes, á qué monstruosidades no son capaces de arrastrar la ignorancia por una parte y la miseria por otra!

La prostitucion, afrenta de las sociedades modernas que llevan impreso en la impura frente el sello de su condenacion, es una asquerosa llaga bastante á revelar al mas ciego optimista lo falso, lo absurdo del organismo social, cuyo peso nos abruma.

La civilizacion entrega sus hijas al mónstruo horrible de la prostitucion y á todos los vicios, enfermedades y bajezas, que cual lúgubre cortejo la acompañan, por no abrirles la puerta que dá paso á las profesiones y carreras, cuya práctica moraliza, ennoblece é ilustra, á la par que enriquece á los que á ella se consagran.

La civilizacion que adora à las mujeres en los altares:

Que las obedece como Reinas:

Que las aplaude como artistas:

Que las admira como sábias:

Que se entusiasma con sus cánticos:

Que las ama por la discrecion, tanto como por la belleza:

No tiene escuelas, universidades, ni colegios, para enseñarlas su arte, su ciencia, su industria, ni su filosofía.

Por toda cátedra, por todo puesto de honor, por toda recompensa à sus virtudes, á su talento y á sus servicios, por todo aliento á su noble ambicion, á sus generosas y vehementes aspiraciones, no la ofrece mas que un puesto, no la abre

con fácil mano mas que una ancha puerta; la que dá á la cloaca de la prostitucion, à que fatalmente la condena, y que en su incomprendible demencia sanciona, legaliza y explota, llegando á imponerle contribucion como á una industria útil.

Todavía hay hombres con pretensiones de sabios, que consideran la prostitucion como un medio de gobierno, como una necesidad, cuya satisfaccion es indispensable al órden social. Y por lo tanto, mientras reclaman para el hombre libertad, y se revelan contra toda idea de servidumbre ó de opresion, condenan á la mujer á la mas indigna, à la mas repugnante de las esclavitudes.

Y lo que á primera vista parece mas extraño, aunque no lo es sin embargo, es, que los que consideran la prostitucion como una válvula de seguridad, como un mal necesario, son los mismos que hacen del hogar doméstico el único y esclusivo santuario de la mujer; los que ven en los deberes, en los goces de la familia el único destino del sexo débil, y su única mision en la tierra.

Como he dicho antes, el sistema seguido hasta aquí, es enteramente contrario al fin que se proponen. Dicen, y yo no lo niego, que el matrimonio es el destino de la mujer; pero se equivocan suponiendo que este destino es incompatible con el ejercicio de sus facultades, asi intelectuales como físicas, consagradas á alguna ocupacion ó industria, que esté conforme con su ap-

titud, su vocacion, sus intereses y necesidades.

La prostitucion que toleran y autorizan, es un terrible adversario para el matrimonio; corrompe á los jóvenes, que llegan tarde, gastados y sin ilusiones al tálamo nupcial; alimenta el gérmen de horribles enfermedades, que llevan la desolacion al seno de las familias, siendo además una tentacion perenne, colocada ante las pobres jóvenes inespertas, á las que la sociedad es incapaz de preservar de la seduccion.

La instruccion y el trabajo llevan consigo la independenciam y la moral, y son un estímulo para el matrimonio y el único antídoto eficaz contra la prostitucion.

La familia es el albeolo de la sociedad; pero una de las principales causas del malestar social, es la corrupcion de la familia, que vuestro sistema trasforma en una liga de intereses, en un centro de egoismo, haciéndole perder bajo tan innoble presion, la pureza, el encanto de que la rodea la naturaleza, y la utilidad que la enaltece ante la religion, la razon y la filosofía.

Los miopes políticos, los fanáticos, esos peligrosos amigos de la religion cristiana, y los conservadores de todos los matices, nos hablan incessantemente de la familia y tienen la audacia de suponerse sus únicos defensores, siendo la verdad, que á impulso de sus leyes, de sus instituciones y de sus costumbres, la union de las almas, que purifica y ennoblece la de los cuerpos; y de la cual dice con justicia la religion, «no desunais lo que Dios ha unido», ha llegado entre nosotros al es-

tado de mito, de utopia, de sueño imposible.

Los defensores obligados de la familia, la han rebajado hasta hacer de ella un negocio mercantil, cotizabile en la bolsa. El amor, su base fundamental, no es ya mas que un accesorio, del que se puede fácilmente prescindir; lo esencial es la dote, es la posicion, ó la fortuna del futuro marido.

No se llama un buen matrimonio, una union conveniente la de dos hermosos jóvenes que se amen, y que pongan en comun para vivir el producto del trabajo de cada uno, sino aquella que aumenta ó mejora la fortuna de los esposos, cualquiera que sean los sentimientos que los animen, la diferencia de caracteres ó de edades.

La mujer pobre, á trueque de encontrar marido, que es casi su único medio de librarse de la prostitucion ó de la miseria, acepta el primer hombre que se le presenta, á trueque de engañarlo fingiendo un amor que está muy lejos de sentir; y el hombre, que vé en el matrimonio una pesada carga, un considerable aumento de gastos, puesto que la mujer consume mucho y nada produce, huye del matrimonio, ó procura fingir amor á alguna heredera, cuya dote sea una compensacion de sus sacrificios. ¿Y qué puede resultar de estas uniones de especulacion, de estas prostituciones cubiertas por el velo de la legalidad, justificadas por la sociedad, que se inclina ante ellas honrándolas y enalteciéndolas?

Resulta, que el hogar doméstico, que el santuario de la familia, nuestro ideal de perfeccion

social, se convierte en un infierno que enjendra todos los vicios, todos los males y abominaciones posibles.

Allí el aburrimiento ocupa el lugar de la alegría.

Allí la hipocresía, la falsedad mas repugnante reemplaza á las tiernas afecciones.

La falsa paternidad enjendra despues las injustas preferencias, los celos, los ódios reconcentrados, que concluyen por estallar en escándalos vergonzosos ó en crímenes horribles, que la crónica de los tribunales nos revela todos los dias, para edificacion de los conservadores de un sistema que tales efectos produce.

XIII.

Si la mujer tuviera medios propios de subsistir como los tiene el hombre, de modo que para éste no fuera una carga, sino por el contrario, un aumento de bienestar, por la economía que resultaria de la union de los medios de subsistir de ambos, ¿cuánto mayor número de matrimonios no se realizaria?

Si la mujer tuviera medios propios de subsistencia, una posicion social, una carrera, un por-

venir debido á su aplicacion, á su talento, ¿cómo iria á venderse, á prostituirse legal ó ilegalmente á los hombres, de los que no necesitaria esperar posicion, recursos, ni porvenir que ella tenia en su mano? N6, la mujer que posee medios propios de subsistencia, la mujer que con su trabajo adquiere honra y dinero, no se prostituye, ni se casa sino con aquel á quien ama y de quien es amada.

En las condiciones actuales de la mujer en la sociedad, las familias felices son las menos. La desconfianza de los esposos es recíproca; donde la desconfianza no existe, es porque la indiferencia ha nacido, porque la union ha muerto.

¿Cuántos matrimonios están tan unidos de puertas adentro, como lo aparecen de puertas á fuera?

¿Y los hijos? Los pobres hijos, víctimas de los odios y de las malas costumbres de sus padres; testigos de las disenciones, que fatalmente nacen en tales matrimonios! ¿Qué moral quereis que aprendan? ¿Qué pueden enseñarles sus madres, á quienes primero se ha negado la instruccion, y despues la independencia y la fortuna, que dá y á que conduce el ejercicio de una profesion liberal y honrosa? ¡Pobre mujer, vendida acaso, como vil instrumento á un hombre á quien no amaba!

Toda la virtud y toda la ciencia que vuestras madres pueden enseñar á sus hijas, son las de buscar un marido á todo trance y por cualquier medio; pero ¡ah! un marido, es un pez muy difícil de pescar en los tiempos que corren, y un número muy considerable de jóvenes condenadas á

su pesar, á no conocer los goces de la familia, pasan sus mejores años apartadas de su destino, en la soledad y en el aburrimiento, mientras los hombres malgastan los sentimientos y la energía de la juventud en los desórdenes del libertinaje, por miedo á la pesadísima cadena que arrastra el matrimonio en las condiciones á que sujeta la sociedad á la mujer!

¿Quièn no conoce padres, con pretensiones de honradez, que se oponen al matrimonio de sus hijos y les toleran el libertinaje, considerando aquel como un mal y este como una necesidad?

Así, pues, es preciso convenir en que si el matrimonio es una condicion necesaria, tanto natural como social para la multiplicacion y la perfeccion de la especie, lo mismo que para la moralidad de las costumbres y la felicidad de los pueblos, las instituciones, las leyes y los hábitos públicos ó privados, que retraigan del matrimonio á la juventud, deben ser contrarias á la naturaleza, á la sociedad, á la moral, á la religion, á la civilizacion, al órden y al progreso; y hoy no es ya permitido dudar, que una de las principales causas que alimentan la prostitucion, apartando del matrimonio á hombres y mujeres, es la falsa condicion de estas en la sociedad, su carencia de instruccion, de medios propios de subsistir, hijos de las torpes costumbres, de las egoistas y absurdas leyes, que suponiéndolas de peor naturaleza y de menor inteligencia que el hombre, las niegan los derechos y garantías, tan ámpliamente concedidas á él.

La rehabilitacion de la familia, la purificacion del matrimonio, se encuentran en la aplicacion de los principios morales de la religion, en el camino del progreso, cuya fórmula, aplicable hoy, y en cuanto hace relacion con el asunto que dilucidamos, se encierra en las ideas fundamentales vertidas en este escrito, sin que por eso pretenda ver en ellas su última palabra.

Digan lo que quieran los pesimistas incrédulos y miopes, yo confio en que nuestro siglo tendrá la honra de llevar á cabo el solemne acto de justicia de la emancipacion de la mujer.

Esta emancipacion consiste por ahora, en el reconocimiento y ejercicio de su derecho á la instruccion, y á optar á toda clase de carreras y posiciones sociales, sujetándose á iguales condiciones que los hombres; y á disfrutar de todas las ventajas, honores, consideraciones y garantías, tanto civiles como políticas, anejas por las leyes á las mismas carreras, empleos ó posiciones.

Las primeras consecuencias de este acto de justicia y de sensatez, serán, ennoblecer el carácter de la mujer, elevándola á sus propios ojos.

Sino destruir completamente, al menos reducir la prostitucion á mínimas proporciones.

Aumentar la produccion, y con ella la riqueza pública.

Aumentar considerablemente los matrimonios y con ellos la poblacion, la robustez de las razas y la moral de las costumbres.

Dar un gran impulso á todos los ramos del saber humano; porque puesto en competencia con

la mujer, el hombre hará los mayores esfuerzos para sobrepujar á sus compañeras de industria ó profesion, y la sociedad se elevaria á un grado de esplendor y de perfeccion desconocidos hasta ahora.

XIV.

Hé aquí concluida mi tarea.

Mi objeto no es otro, que llevar al terreno de la discusion estas ideas, que si no son nuevas, son sin embargo desconocidas de muchos, con la esperanza de que plumas mejor cortadas que la mia, no vacilarán en salir á su defensa, consagrándose á una causa tan justa como simpática para toda persona sensata y agena de preocupaciones, animada de un espíritu verdaderamente humanitario y cristiano.

Estoy segura que tampoco faltará quien diga, sin querer abordar la cuestion de principios, cuya claridad y ruda lógica les acobarda, que estas ideas, cnalquiera que sea su bondad teóricamente consideradas, son una utopia, un sueño irrealizable.

Pero afortunadamente vivimos en un tiempo, en que esas palabras han perdido toda su fuerza,

porque hasta el hombre mas atrasado sabe ya de memoria, que las utopias y los sueños de ayer, son las realidades, los hechos de hoy.

Un célebre escritor contemporáneo ha dicho, «la dificultad de las ideas está en concebirlas; una vez manifestadas, ellas hacen su camino.» A lo que creo yo que se puede añadir, que la estension de su triunfo, la duracion de su influencia, son proporcionales á su justicia y conveniencia sobre las que las precedieron: de lo cual se deduce, que siendo las ideas que acabo de verter, mucho mas justas, que las productoras de los hechos sociales, cuyos males creo haber demostrado, su triunfo no puede menos de ser seguro, y de estarles reservada una larga vida, una utilísima influencia.

Y sea dicho en honor de la verdad, ni la causa que defiende es nueva, ni carece de distinguidos partidarios, de elocuentes defensores.

Un trabajo curiosísimo y digno de aprecio seria reunir en una buena coleccion lo que en defensa de las mujeres, de su instruccion y de sus derechos se ha dicho y escrito en los tiempos modernos por los oradores mas elocuentes, por los más distinguidos y concienzudos publicistas.

Continuar tan santa empresa, trabajar por tan noble causa, es una mision digna de todo corazon generoso, de todo espíritu elevado, de toda conciencia pura, y para quienes sobre todo es un sagrado deber tremolar la bandera y marchar en primera línea de la vanguardia de las falanges del progreso, atacando con vigorosa mano las últimas

trincheras, tras de que se guarecen la ignorancia, la rutina, la supersticion y el fanatismo, que se oponen á su realizacion, son esas mujeres privilegiadas, poéticas, novelistas y autoras dramáticas, cuyo fecundo númen encontraria en estas ideas inmensos raudales de inspiracion, principio de nuevas formas y de originales concepciones.

Solo por este camino pueden llegar á la verdadera gloria; y si para alguien van unidos al genio y al talento estrechísimos deberes, es sin duda alguna para la mujer, que debe considerar en ellos, no solamente medios de satisfacer su vanidad ò su amor propio, sino poderosísimas armas puestas á su disposicion por la invisible mano del destino para conquistar la independenciam, la dignidad y los derechos de su desgraciado sexo, elevándole por el ejemplo y por la palabra á la práctica de las mas altas virtudes domésticas y sociales.

A la obra pues, y de hoy mas, ennoblecida vuestra pluma por la sublime mision á que la consagreis, la utilidad de vuestras empresas literarias realzará los divinos destellos del genio, y las cultas combinaciones del arte que brillan en vuestras obras.

FIN.



EL
PENSIL DE IBERIA.

PERIODICO DE LITERATURA,
CIENCIAS Y ARTES;
PUBLICADO Y DIRIGIDO POR

DOÑA MARGARITA PEREZ DE CELIS,

COLABORADORAS.

ooooooo

DOÑA MARIA JOSEFA ZAPATA.

DOÑA ROSA BUTLER.

DOÑA ROSA MARINA.

DOÑA AURORA NALDAS.

DOÑA ADELA DE LA PESIA.

Este periódico sale tres veces al mes en dos pliegos en folio á dos columnas, en buen papel y esmerada impresion.

Se suscribe en la redaccion, calle de San Rafael núm. 3 en Cádiz, remitiendo el importe adelantado en sellos de franqueo.

PRECIO DE SUSCRICION. En Cádiz repartido á domicilio 3 rs. un mes; 8 tres meses; 15 un semestre; 25 un año. En provincias: 10 rs. un trimestre; 18 un semestre; 32 un año.